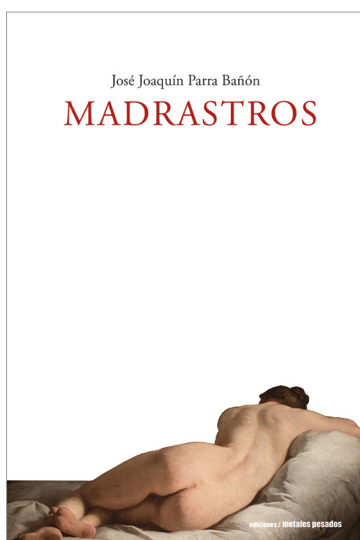


Madrastros. Parra Bañón, José Joaquín, Santiago, Chile. Metales Pesados, 252 páginas, 2025, ISBN: 978-956-6203-98-8

José G. García-Caballero
Universidad de Sevilla



“En la audaz contraportada de *Madrastros* no aparece la habitual sinopsis que se extiende por doquier en la producción literaria, hay una cita del prólogo de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* en la que Miguel de Cervantes insiste encarecidamente en que llamen al libro que engendra en Sevilla no hijo sino hijastro, en que el lector tenga la caridad de considerarlo como padrastro. Al contrario que Eneas mientras transporta sobre su hombro a su padre Anquises, renuncia a ir de la mano de su hijo, para no convertirse en un organismo dentro del cual caben todos «los traumas hereditarios: los que se transmiten epigenéticamente hasta que obesos, sobrealimentados e inflados por gases purulentos, revientan y percuten en las paredes» (p. 174).

José Joaquín Parra Bañón incitado por María de Nazaret reúne en los templos quirúrgicos en los que se practica la circuncisión masculina a los padres que usan como analgésicos a sus hijos con las madres arrepentidas de no serlo: la Parténope sorrentiniana que derrama lágrimas cuando recuerda su sangrado vaginal o la santa Bárbara, virgen y mártir, que exhibe la torre en la que la encerró su padre como si se tratara de la hija que nunca pudo concebir; a las que víctimas del amor, toleran la indiferencia filial; y aísla a los que vocacionalmente se concentran en asesinar a los hijos de los demás.

La belleza se reconoce inevitablemente en el cúmulo de dolor presente en las obras de los museos; asoma cuando Venus con un carácter castigador, decide no espantar las abejas que agreden la piel de Cupido porque «así podrá conocer el efecto que producen en otros las flechas agudas y tóxicas que él, inclemente y caprichoso, les clava... que tanto daño provocan al ser extraídas» (p. 153). Para hallarla, se puede comenzar por el hilo cimbreante con el cual Hans Bellmer amorcona en el capítulo 41 “Única Zúrn: Me he convertido en su casa”, el cuerpo de su amante (con su total complacencia) que conduce al trozo de carne fría que recibe en sueños Pedro de su madre (quien se avergüenza de su creación), y que es arrebatado por su enemigo Jaibo en presencia de ella mientras sonríe en la película *Los olvidados* de Luis Buñuel. Esa clase de relaciones maternofilopaternos descompuestas en expresiones gráficas armadas en su prolija prosa, son las que arroja el talento en extinción de este autor en su magistral y arriesgado tratado subtítulo *Aproximación a las artes y a las artimañas de la maldad mamífera*.

